

Tos enemigos y os amantes del Macho Cabrío

CÉSAR ALZATE VARGAS

INTERPELABA el escritor Ignacio Ramírez a Pedro Gómez Valderrama en una entrevista de 1986: "...Cabe la reflexión de que la literatura contemporánea tiene su gran fundamento en eso mismo, la magia, el milagro. Antes que estos autores contemporáneos estuvieran de moda usted ya había involucrado el prodigo a sus escritos". Acababan de referirse a los escritores a quienes Gómez Valderrama había leído en sus primeros contactos con el tema de la brujería, durante su estancia como estudiante en Londres, "que como ustedes saben, es una ciudad propicia para temas de fantasmas y brujas y todo eso; inclusive en los periódicos vespertinos hay secciones para contar casos reales de apariciones, misterios, espantos...", y entre tales autores se hallaban Aldous Huxley y Somerset Maugham, y Duman, autor de un libro que le abrió al colombiano las puertas del asunto diabólico: *Los demonios*. Respondía Gómez a la interpellación de Ramírez:

Sobre el tema de la brujería era muy poco lo que se escribía entonces, así que los cuentos míos fueron cosa aislada en América Latina. En Europa algo se escribía sobre el tema, pero más desde el punto de vista antropológico que del literario. Allá sí se conseguían unas bibliografías espléndidas. Aquí había muy poco, algunos libros sobre la Inquisición, el de Manuel Tejado Fernández, un español; el de José Toribio Medina, chileno, libros muy buenos y muy completos. También estaban un volumen sobre cuestiones populares de Escobar Uribe, quien recogió muchas cosas de mitos de Antioquia; la mitología del padre Mariano Izquierdo, una obra excelente que lamentablemente perdí y que jamás han

reditado. Esas fueron las cosas que me indujeron al tema de la brujería. Pero la vigencia de la magia como parte de la literatura latinoamericana no es más que una resurrección porque yo creo que el realismo mágico ya estaba en los cronistas de las Indias, que considero el antecedente directo de la novelística latinoamericana actual (Ramírez: 1986, 28).

Ese, más o menos, fue el inicio literario del autor en el tema de la brujería, que sembraría primero en sus ensayos (agrupados en un tomo final bajo el título de *Muestras del Diablo*), cosecharía mayormente en su obra cuentística y no dejaría de recoger algunos de sus frutos en *La otra raya del tigre*, su única novela publicada¹. Desde luego, ha de suponerse un encuentro vital más temprano con los asuntos brujeriles.

En el primer ensayo de *Muestras del Diablo*, "Consideración de brujas y otras gentes engañosas", Gómez Valderrama pasea al lector por la historia de una práctica que nació con los primeros temores de la humanidad, en la noche espiritual del paleolítico; que acompañó el surgimiento de las religiones —de hecho puede llegar a considerársele en su estadio más avanzado como una de ellas: una religión de mujeres, con diosas y sacerdotisas que para la miseria judeocristiana precipitan la caída de la humanidad²— y que no vino a constituir amenaza para el cristianismo hasta cuando la Edad Media se dio a la misión de domar para la Iglesia de Roma las tierras no conversas y las almas rebeldes del mundo conocido y de los mundos por descubrir. En algunos momentos las cifras de la persecución a los

que tienen trato con los demonios no son más que eso, números, y el texto de Gómez Valderrama logra incluso untarse de algún tinte picaresco, pero entonces las cifras se hacen casos, adquieren nombres, delinean historias de pánico y tristeza, y alcanzamos a sentir el horror de la época en que el mundo era santo y se quemaba a los hallados culpables de hechicería en cantidades tales que los condenados se cuentan por miles y hasta por millones, según la fuente³. Gómez Valderrama casi llega a legitimar con su pluma una posibilidad mágica de estar en el mundo, pero en últimas nos lleva a la conclusión de que la hechicería no es otra cosa que una forma de rebeldía:

Los cazadores de brujas, en su momento, no se daban cuenta de que lo que trataban como una plaga monstruosa no era cosa distinta de una corriente inconforme, heredera de la inconformidad de las herejías semiextintas, que intentaba resistir a la represión de las costumbres en la Baja Edad Media que intentó cerrar las compuertas de la amplitud sexual de los primeros siglos. En un plano realista implicaba una amenaza moral (Gómez Valderrama: 1993, 51).

Culpables por sospecha

CUANDO LA ROMA de los papas se alzó contra el entendimiento, Inocencio VIII encargó en 1485 a los monjes dominicos Johann Sprenger y Heinrich Kraemer la escritura de un tratado contra la hechicería, el *Malleus maleficarum* o Martillo de las brujas, que durante tres siglos serviría de sustento espiritual, legal e intelectual a los cazadores de brujas. E igual que dichos cazadores, éste libro sobreviviría a la división de la cristiandad luego de la Reforma de Lutero en 1517. Mandaba el Reformador lo mismo que el Papa: "No dejarás una bruja viva", sin tener en cuenta que sus propios seguidores serían perseguidos y echados a la hoguera por los del pontífice romano.

Gómez Valderrama se explaya en datos sobre éste, al que el escritor colombiano Carlos Bastidas Padilla califica como el libro más ne-

¹Lectura de *Consideración de brujas y otras gentes engañosas*, de Pedro Gómez Valderrama.

fastro que se haya escrito nunca. *El Malleus maleficarum* apareció apenas poco después que la imprenta de Gutenberg y, junto con la *Biblia*, constituyó uno de los primeros best sellers de la Historia: diecisésis ediciones en Alemania, dos en Italia y Francia (Bastidas: 2001, 51), y un número no especificado en el resto de la Europa cristiana. Como si algún demonio pretendiera mostrar a la humanidad el hecho de que la imprenta podía tanto dar inicio a una nueva era de entendimiento como ahondar el oscurantismo.

El ensayista Gómez Valderrama es contundente al señalar que la lectura del *Malleus* es fascinante como una novela de terror: "Sus consejos, sus descripciones, su técnica procesal, se encuentran ilustrados por casos minuciosamente relatados, por citas de autores, y seguidos por fórmulas precisas para contrarrestar los poderes de las brujas, por claves para descubrirlas..." (Gómez Valderrama: 1993, 43). Y como él, otros autores muestran la enorme paradoja del tiempo de las piras humanas: según los dictámenes del *Malleus maleficarum*, los procesados por brujería gozaban de una garantía fundamental: no se los podía condenar a muerte por sospecha, sino por confesión. Garantía espantosa: a los procesados se

les sometía a suplicio (la tortura devolvía la sensibilidad a la carne anestesiada por el demonio y por tanto salvaba el alma del condenado) hasta lograr su confesión. Relata en carta dirigida a su hija a poco de ser conducido a la hoguera en la Alemania de 1628 el burgomaestre de Bamberg:

Cuando el verdugo, después de esto, volvió a conducirme a la prisión, me dijo: —Señor, os suplico, por el amor de Dios, confesad alguna cosa, sea verdad o no. Inventad lo que sea, pues no podréis soportar las torturas a las cuales seréis todavía sometido, y aunque resistáis a todas, no saldríais aun del paso, así fuieseis conde, pues una tortura seguirá a otra hasta que hayáis dicho que sois hechicero; sin esto no os dejarán tranquilo, como lo veréis por todos los juicios, basta ver uno para conocerlos todos (Gómez Valderrama: 1993, 149).

La simple sospecha bastaba para asegurar la condena de cualquiera: lo sabían el juez, que estaba dispuesto a torturar hasta lograr la confesión y se sentía para ello movido por mano divina, y el procesado, que bien pronto se enteraba de que se le iba a torturar hasta la consecución de tal fin. De su resistencia al suplicio, no de su inocencia o culpabilidad, dependían la duración del mismo y la pronta o retardada acción de las llamas. Y para implantar esa simple sospecha bastaba con el testimonio de cualquiera que deseara des-

de purificar a la sociedad hasta deshacerse de un enemigo molesto, de un amigo envidiado. Veamos apartes del cuestionario que durante dos siglos los jueces de la antigua provincia francesa de Alsacia formularon a sus procesados (Donovan: 1988, 174-175):

¿Cuánto tiempo hace que eres bruja⁴?

¿Por qué te has hecho bruja?

¿Cómo te has hecho bruja, y qué ocurrió en esa ocasión?

¿Quién es el que has elegido para que sea tu íncubo⁵? ¿Cómo se llama?

¿Cómo se llama tu señor entre los malos espíritus?

El cuestionario constituía en sí mismo otra forma del tormento. Más adelante incluía preguntas en que se forzaba al procesado a señalar a otros participantes en los encuentros con el demonio, lo cual ampliaba en forma tan dramática el número de los sospechosos y subsiguientes procesados, que algunas voces de la propia Iglesia, como la del jesuita de comienzos del siglo XVII Friedrich von Spee, llegarían a levantarse con espanto: "He pensado a menudo que la razón de que no seamos todos brujos es que no todos hemos sido torturados" (Bastidas: 2001, 51). Ilustra Bastidas:

Una difamación cualquiera era suficiente para llevar a alguien ante los tribunales de la Santa Inquisición; a los procesados se les ocultaba la identidad de sus testigos de cargo, y los de descargo, corridos por el

miedo, nunca aparecían; pues unos y otros eran sometidos igualmente a tormento, y como herejía y brujería se consideraban indefendibles, cualquier abogado que pretendiera defender a un acusado era visto como sospechoso, y si se lo toleraba era sólo como una formalidad, como una figura decorativa; no podía hablar, ni presentar pruebas, ni criticar los trámites procesales; es que como pretendía Bodino⁶: "El que es acusado de hechicería nunca debería ser absuelto" (52).

La noche espiritual

ESCRIBE FRANK DONOVAN: "Al principio, el hombre adoró todas las cosas que veía y algunas que no veía. Mucho antes de que hubiera dioses antropomórfos, el hombre veneró el firmamento y el sol, la luna y las estrellas, la tierra y sus ríos, árboles, montañas y rocas. Adoró los animales, el sexo y los espectros de sus antepasados". Y entonces viene la interpretación del mundo que habría de marcar las cosas hasta el día de hoy: "Todo poseía un espíritu que podía ser benevolente y hostil al hombre mortal, y se dejaba influir mediante la ejecución de rituales apropiados" (Donovan: 1988, 12). En curiosa coincidencia con la "Consideración" de Gómez Valderrama, Donovan introduce su *Historia* con la descripción de una reunión de brujas. La diferencia estriba en que la reunión del norteamericano tiene lugar en una ciudad contemporánea, en tanto la del colombiano se lleva a cabo en las afueras de alguna

villa medieval⁷. Pero son la misma, si bien median entre ellas tantos siglos de persecución e ignorancia. Ambas formas de reunión nacieron en el mismo tiempo y lugar. Enuncia Gómez Valderrama: "El pasado de la hechicería es tan antiguo como el mundo. Su advenimiento a la historia de Europa se realiza como una representación de los antiguos cultos paleolíticos a la fertilidad que se transmiten al Oriente

—recordemos el libro de Oseas—, se trasladan a la civilización del Egeo y al llegar a Grecia se encarnan en los dioses helenos, para pasar con ellos al Lacio" (15).

La flecha evolutiva pasaría luego por Roma y la Europa conversa, para conducir a la sugerencia de que en el fondo el cristianismo, como la religión de las brujas, se vale de magias y prodigios —aquí llamados milagros y avalados por los detentadores de la antorcha que enciende hogueras— para cautivar a sus partidarios.

En algún momento la interpretación cristiana del mundo trastocó la finalidad de todo y terminó asumiendo como conjunción lasciva con el demonio las ceremonias de hechicería. Bien sabemos que el sexo es el verdadero demonio de los cristianos, y los prados tenebrosos donde las brujas se reunían en sabbat⁸ adquirieron a sus ojos el aspecto de lugares para el regocijo carnal ilegítimo. De ahí el surgimiento de incubos, súcubos y demás personificaciones

demoníacas que acudían desde otros mundos al encuentro de hechiceros y hechiceras. *El Malleus maleficarum* es contundente: "Toda hechicería proviene de lujuria carnal, que es en la mujer insaciable" (Gómez Valderrama: 1993, 32).

En realidad, al menos en los primeros tiempos, las brujas no entraban en concupiscencia con el demonio. Explica el tratadista norteamericano:

Una mayor diferencia entre las ceremonias del culto y las de las demás religiones reside en la ropa. Casi todas las gentes se atavián para asistir a la misa: se visten con ropas "domingueras". Las brujas se despojan de ellas; salvo los collares de las mujeres, nadie lleva ropa de ninguna clase. Este desnudismo en grupo heterosexual no tiene nada que ver con la licencia del sexo, como podría sospecharse. Su finalidad consiste, más bien, es coadyuvar a la concentración del poder que las brujas creen que existe en sus cuerpos y espíritus, cuya libre emanación se obstaculizaría estando vestidos (Donovan: 1988, 11-12).

De ahí que en última instancia, cuando en el siglo XVIII sobreviene la Edad de la Razón y en 1731 Luis XV suprime en Francia la pena de muerte por esta clase de delito.

En una edad eminentemente racionalista no había razón de ser ni lugar para la

hechicería. Por otra parte, las costumbres se relajan. La hechicería, carente ya de su contenido religioso y político, va a dar en el Marqués de Sade su fruto postrero” (Gómez Valderrama: 1993, 57).

Agotada pues la amenaza brujeril, agotada la mujer como desencadenadora del mal y agotado el hombre de perseguirla para arrojarla al fuego, queda como sustrato último del delito de hechicería el aspecto sexual. Y aquí está Sade, quizá el primer romántico, el exaltador de totalitarismos y enemigo de la Revolución Francesa — que lo persiguió y encerró como chivo expiatorio de su clase—: “El Marqués no recibe la herencia política de la hechicería, sino la herencia sexual en estado puro y la herencia del odio, que le permiten crear su propio pensamiento político” (Gómez Valderrama: 1993, 59). El sátiro se transforma en demónio y parece recoger la bandera sexual que las brujas, sin abandonar, ya no asumen como amenaza mayor de sus prácticas.

Quizá remotamente apoyando la idea de Gómez Valderrama en el sentido de que es Sade por su trato con lo sexual el último heredero de la hechicería, comenta el poeta Jorge Gaitán Durán en su famoso ensayo sobre el Marqués: ”Para sobrellevar sus propios excesos imaginativos, para poder devenir, Sade proyecta sobre el mundo un esquema varonil y flagelador, que luego se vuelve contra él convertido en imposición de omnímodas fuerzas ex-

ternas o en tiranía de una naturaleza demoníaca”⁹⁹.

Pero en definitiva todo se ha reducido a una preocupación de índole política. Dice Carlos Bastidas: “Para los eclesiásticos de la Edad Media y del Renacimiento las brujas, junto con los judíos, los herejes y los leprosos, formaron parte de la conspiración infernal en contra del estado católico, de la civilización y de la Iglesia” (50). Agrega Gómez Valderrama que el centro de gravedad de las hogueras fue desplazándose hacia lo político (52), y ya antes, en la página 28, había comentado que “la historia política y la historia sexual muestran que la hechicería, herética o conspiradora, fue el producto de la represión feudal de la vida y de la represión sexual”.

Y explica Hernando Valencia Goelkel, otro viejo compañero de nuestro autor: “Esa vinculación entre la libertad política y represión de la hechicería que establece Gómez Valderrama es, evidentemente, una tesis liberal, y liberal es también la inquietud ante las ordenanzas de un mundo actual que trata de inventariar las desviaciones y las heterodoxias con tanta inquina, tanto rigor y tanto dogma como el Malleus. Pero ahora nos interesa más el otro liberalismo de Gómez Valderrama: no el explícito, sino el tácito, el literario”¹⁰⁰.

Satán obra por Dios

GÓMEZ VALDERRAMA alude sin especial emoción a la *Anatomía de la melancolía*, un tratado sobre esa dolencia mental y/o espiritual publicado en 1621 por el estudiante inglés Robert Burton. Otros escritores, en especial los de las ciencias médicas, se entusiasman más que Gómez Valderrama con esta obra, que al parecer se ocupó tempranamente de una dolencia que en el siglo de Burton estuvo en boga casi como forma de posar ante el mundo y ser visto por él. Para efectos del tema que nos ocupa, lo llamativo es que en su disección cuidadosa de las causas del padecimiento melancólico, Burton señala a la acción de magos y hechiceras. “Lo que pueden hacer es casi tanto como el diablo mismo, que está listo a satisfacer sus deseos para someterlas aun más”, recoge Gómez Valderrama la acusación del científico (54). Y ya al comienzo de su ensayo lamentaba: “La historia de la brujería, infortunadamente, es la historia de su exterminio. Es una historia redactada siempre por el enemigo, vista siempre a la distancia que imponían la hoguera y los instrumentos de tortura” (14).

Pensaría uno que sí, en efecto, en la eterna lucha en-

tre el Bien y el Mal es el diablo el que lleva ganada la partida. Repasando momentos amplios del catolicismo y en especial los referidos al medievo —Cruzadas y Santo Oficio—, no habría otra conclusión: esto es cierto y se debe a que el diablo logró vestir los ropajes de Dios y librar la batalla por Él, obrar en Su representación y encender las hogueras para Su regocijo. Aquí, la gran derrota de la Iglesia: que con su propio beneplácito fue su plantada por el enemigo malo.

La guerra contra la brujería, como todas las guerras declaradas por el hombre contra el Mal, son dentelladas de fieras que tienen miedo a lo desconocido. Son además la manipulación de ese miedo por parte de quienes tienen a su haber el verdadero poder: el conocimiento. Lo más trágico es que cuando el conocimiento se utiliza para engañar y manipular, termina volviéndose contra su poseedor y sumiéndolo a él mismo en la tiniebla.

No quedan sino las palabras finales de la “Consideración de brujas y otras gentes engañosas”, la penúltima oración, que sugiere una inquietante advertencia sobre los tiempos ya idos pero más aun para los tiempos por venir: “Y cuando el demonio anda suelto es porque las

conciencias están amarradas” (Gómez Valderrama: 1993, 60).

Notas

¹ Es importante hacer énfasis en que La otra raya del tigre es la única novela publicada de Pedro Gómez Valderrama. En la misma entrevista con Ignacio Ramírez a que se alude, señala el escritor que por esa época está trabajando en una nueva novela, de la que no adelanta comentario alguno, salvo la esperanza de terminarla algún día. El escritor morirá seis años después de la entrevista, sin que se haya hecho luz sobre la segunda novela.

² Una interpretación interesante del fenómeno carga de intenciones a la mujer en el ejercicio de la hechicería: “Es cierto, por otra parte, que una ola de “brujomanía” se extendió por la Europa de entonces; la mujer se vengaba de su posición subordinada y de la misoginia cristiana que secularmente la había visto como “la puerta del infierno” y la causa de la perdición del género humano; ahora se entregaba a Satán para enfrentar a la falsa ascética de un cristianismo de elevados principios, pero pervertidas prácticas” (Bastidas: 2001, 51).

³ Las cifras de los condenados a la hoguera en tiempos de Inquisición y caza de brujas bordean los dos millones, si bien se hace claridad en que no a todos les prendió fuego en las piras santas. Hay tratadistas que hablan hasta de cuatro millones. Datos recientes nos “tranquilizan” con la noticia de que los quemados fueron apenas 40 mil (Discovery Channel) o quizás 300 mil (Bastidas: 2001, 52).

⁴ Los señalamientos están siempre en género femenino porque, como ya se ha indicado, eran mujeres la mayoría de procesados por prácticas bruñeras, pues, en palabras de Jacobo I, rey de Inglaterra y Escocia, “como las hijas de Eva son más frágiles, se dejan convencer más fácilmente por la serpiente” (Bastidas: 2001, 51).

⁵ Íncubo: diablo con apariencia varonil que en los sabbats o aquelares tenía contacto sexual con las brujas. Su contraparte era el súcubo, espíritu demoníaco que bajo apariencia femenina tenía en dichas ocasiones trato sexual con los hechiceros hombres.

⁶ Jean Bodin, jurisconsulto según el cual “existe, y no sólo en Francia, una compleja organización de hechiceros, inmensamente rica, de casi infinitas potencialidades, muy inteligentemente capitaneada, con centros y células en cada distrito, que utiliza un espionaje en cada tierra, con adeptos situados muy alto en la Corte y con humildes servidores en las granjas. Estas organizaciones de hechicería mantienen una guerra sin cuar-

tel contra el orden establecido” (Gómez Valderrama: 1993, 41).

⁷ La Historia de la brujería de Frank Donovan fue publicada primero en inglés en 1971, con el título de Never on a Broomstick, más o menos tres lustros después que los ensayos de Gómez Valderrama. Es claro que ambos autores beben de fuentes idénticas, y que con ellos beben la mayoría de tratadistas que se refieren al asunto. La historia de la persecución a la hechicería, como la de todas las infamias de la humanidad, es una sola.

⁸ En una extensa nota al final de su ensayo, la número dos, Gómez Valderrama señala que el origen de la palabra sabbat es desconocido y hace énfasis en que en todo caso no se deriva del sábado judío ni del número siete (61). Otros autores, en cambio, aseguran que esta especie de fiesta de la hechicería surge como reacción o provocación al shabat judeocristiano. El colombiano comenta que según algunos, el posible origen del vocablo estaría en la divinidad frigia Sabatius, que habría evolucionado hasta el Zeus y el Dionisos de los griegos. Palabra cercana es el aquellar, que se deriva del vasco “prado del macho cabrío”. La alusión a la más usual representación iconográfica del demonio es bastante clara en este caso.

⁹ Gaitán Durán: “Sade contemporáneo”. Ver entrada bibliográfica.

¹⁰ Hernando Valencia Goelkel: “Oficio crítico: Pedro Gómez Valderrama”. Ver entrada bibliográfica.

Bibliografía

BASTIDAS PADILLA, Carlos. “¡Brujas!”. La Gaceta de Cuba, N° 2. La Habana: mar-abr 2001. p. 50-52

Donovan, Frank. Historia de la brujería. Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Gaitán Durán, Jorge. “Sade contemporáneo”. Biblioteca Virtual Banco de la República. http://banrep.gov.co/blaavirtual/Sadecontemporaneo_ Por Jorge Gaitán Durán.htm

Gómez Valderrama, Pedro. “Consideración de brujas y otras gentes engañosas”. Muestras del Diablo. Bogotá: Colcultura/Altamir, 1993. p. 9-65.

_____. “La carta del burgomaestre de Bamberg”. Muestras del Diablo. Bogotá: Colcultura/Altamir, 1993. p. 147-152.

Ramírez, Ignacio. “El brujo grande de la literatura colombiana”. Revista de la Unión Nacional de Escritores, N° 1. Bogotá: UNE, 1986. p. 26-31.

Valencia Goelkel, Hernando. “Oficio crítico: Pedro Gómez Valderrama”. Biblioteca Virtual Banco de la República. <http://banrep.gov.co/blaavirtual/leatra-oficio/oficio/5.htm>

Escribiendo HISTORIAS

KATHIA JEMIO ARNEZ

Juan José Hoyos: *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo.* (Colección periodismo), Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2003. pp.444.

Circula un nuevo libro de nuestro colega Juan José Hoyos: *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*, (2003), de 444 páginas, que se agrega a la Colección de periodismo de la Editorial de la Universidad de Antioquia. Por su importancia, es una de las novedades que presentó la Universidad en la Feria Internacional del Libro de Bogotá entre el 17 de abril y el 3 de mayo. Otros libros del profesor son *Sentir que es un soplo la vida*, (1994), *El oro y la sangre* (1994), ganador el mismo año del Premio Nacional de Periodismo Germán Arciniegas, *Janyama: Un aprendiz de jaibaná* (2002). Cuenta además con

novelas, reportajes e investigaciones publicadas.

La producción del periodista ha conformado una especie de teoría, arraigada en la visión y práctica de la profesión que tiene eco directo e inmediato en las aulas del pregrado en Periodismo. *Escribiendo historias* no escapa de ese destino. Tres relaciones permanentes y visibles se destacan en la obra: Literatura, periodismo y ciencias sociales. Con esos fundamentos, recorre la ruta de los hechos y de su representación en los denominados géneros informativos (noticia) y narrativos (literatura de no ficción). La trayectoria conduce al trabajo de campo y a la especificidad de la reportería. Este conjunto se entrelaza en la profesión y la ubica en el ámbito colindante con los saberes sociales y los recursos literarios.

En ese marco, las inquietudes de Juan José Hoyos se pueden graficar más o menos así: dos matrices se superponen ininterrumpidamente para fortalecer el quehacer periodístico: Una, representa el macro complejo espacio de los saberes sociales y literarios donde tiene arraigo el periodismo. De ahí se desprende la reportería, el género narrativo, el trabajo con historias de vida –desde el método hasta los elementos

narrativos (tiempo, personajes, tensión, ritmos)–, la descripción y el diálogo.

La otra división es una especie de micro matriz al interior del periodismo y delimita, define e identifica las propiedades, dimensiones y tensiones entre lo informativo y lo narrativo, la mirada objetiva de la subjetiva, la dimensión temporal de los acontecimientos, la extensión, el estilo informativo y el narrativo. Así, la llegada del primer hombre a la luna –el tratamiento que recibió en calidad de género informativo y género narrativo– es el hecho que emplea en “Periodismo y narración” para comprometerlos con sus reflexiones acerca de las distancias de visión, método, objeto y función entre ambos géneros. Presenta para esta distinción la cobertura informativa de la agencia de prensa United Press International (UPI) y la exposición narrativa de la periodista italiana Oriana Fallaci. El capítulo ilustra el tratamiento y las técnicas que los diferencian. De manera didáctica extrae los elementos, los analiza, conceptualiza, categoriza y sintetiza en un todo. En el proceso así expuesto, las diferencias se aclaran. Esta manera de encauzar el conocimiento diferenciado de los géneros periodísticos ingresa al campo de lo analítico y didáctico.

En ese contexto y con el mismo compromiso Juan José Hoyos, distingue el tratamiento periodístico de los hechos. Deja en claro que en periodismo se trabaja con

hechos ciertos, reales. Esto permite tomar en cuenta, por una parte, las formas y estructuras de los hechos, su temporalidad, su estado y posterior desarrollo, su grado de complejidad, sus alcances y sus delimitaciones. Esto contribuye, primero, a marcar distancia entre ficción y no ficción y considerar sus aproximaciones con la literatura y segundo, ésta comprensión del hecho establece las diferencias entre los géneros informativos y narrativos al momento de traducir los acontecimientos. En ese desarrollo, no pierde de vista las fronteras entre hechos con tratamiento informativo y narrativo, a la par que nos confirma la condición subjetiva del proceso "...la calificación de los temas obedece a factores muy subjetivos que están más relacionados con la sensibilidad y la idiosincrasia del narrador que con valores objetivos de los temas en sí mismos..." (p. 92).

Al momento de presentar el género informativo, el autor se apropió de las cualidades de la noticia, de sus funciones y sus propiedades, tan distintas a las cualidades del género narrativo. La no-

noticia está marcada por la urgencia de producir reacciones en un tiempo muy próximo (lo que hoy fue noticia, mañana es historia, gran territorio de los hechos pasados) y su estructura concentra el *estado* y el *proceso* del hecho en primer párrafo. Aparece con la precisión temporal, hoy, mañana, en horas de la tarde, la próxima semana. El factor tiempo se constituye en dispositivo de los hechos y datos presentados de manera que lo más importante es urgente y en su jerarquización resulta de prioridad. Se expone el hecho noticioso sin contemplar el orden cronológico de su realización. No hay desarrollo, sino síntesis, no hay mirada del periodista, sino exclusión subjetiva. No hay polarización, sino información documentada, verificada, comprobada. Todo en "un orden decreciente".

A diferencia, el estilo narrativo mantiene un tiempo en el que transcurre un proceso considerado parte sustancial del acontecimiento. El *estado* – el ambiente, los actores, las situaciones, las actitudes, los aspectos psicológicos, el escenario, los diálogos, los silencios, etc. – constituye un conjunto de situaciones más que narrar "minuto a minuto" si es el caso y en el orden temporal su-

cesivo. Esto se entiende en "Problemas del arte y el oficio de narrar". Con comentarios de *Poética* de Aristóteles entrega elementos de una historia: la complicación, secuencia de acciones y nudo dramático; nos advierte de las distancias entre historias anecdóticas y las que "logran establecer una atmósfera, un tono, un clima con una paradoja íntima, con una epifanía" (p. 175). Para mayor entendimiento del proceso de la historia que se construye, presenta "El triángulo de Freitag" y pasa a explicar la necesidad de clímax y conflicto en la historia así como de tema (plan), estructura narrativa, efectos (narración, descripción, diálogo, análisis, dramatismo, el humor, los detalles o la visión de conjunto, contar o mostrar) y complicación final. En este ritmo, pasa de ejemplos de conocidos escritores hasta periodistas locales sin perder de vista y sin dejar de advertir diferencias conceptuales y de praxis. Así, el autor logra darnos elementos que construyen el proceso de la historia.

Los comentarios que el autor presenta de notables trabajos periodísticos confirman la importancia de la significación, la intensidad y la tensión en las historias "la significación surge pues de un encuentro feliz, armónico, pero no necesariamente fácil, entre el autor y su tema. Un encuentro que haga posible que uno y otro resuenen bajo el efecto de una influencia mutua", (p. 198). El contenido de este capítulo es una ventana abierta a los modos de contar, de narrar y de

relatar, asimismo, a las perspectivas diversas de ver las cosas y su ejercicio en periodismo: primera persona, omnisciencia, omnisciencia limitada, método objetivo. Indudablemente la ubicación de la literatura en la matriz macro tiene un otro aporte a las historias periodísticas.

Esa visión de las historias en el periodismo, al interior de las disciplinas sociales le lleva al profesor Hoyos a señalar, definir y ubicar las categorías y actividades periodísticas que tienen génesis en el ámbito de las Ciencias Sociales y Humanas; para luego embarcarse con esa misma actitud por los métodos denominados *trabajo de campo* y/o *reportería*. Es así que las historias pensadas desde el periodismo se registran en otro terreno común: lo que para la antropología y la etnografía resulta un método de investigación, para el periodismo resulta un género “producto del diálogo” (p. 108). Ese encuentro es otro hecho significativo que se traduce en un modo de interpretar la realidad, aunque con fines distintos. Si bien en la constante comparación del objeto y de sus técnicas de recolección, observación y obtención de información se desarrollan las similitudes, caso del trabajo de campo/reportería; el periodista observa la realidad de modo profundo y total con el objetivo final de la escritura.

Indudablemente, otra es la posición del periodista frente a la organización del grupo social, la anatomía de su cultura, la vida cotidiana, la conducta de los miembros del grupo. Y sin embargo, es observación insustituible, observación participante, plena conciencia de la situación como ocurre con las Ciencias Sociales. Para el periodismo es un desafío visualizar lo transparente cotidiano, actual, y lo próximo cultural.

Esa actualidad que se manifiesta en las representaciones periodísticas es vulnerable. Existe un fenómeno temporal, temático y cultural que socava el dispositivo de actualidad en los hechos periodísticos. Se trata de la historia y los planos de la *historia*. Pero es necesario explicar en sentido específico y diferenciar la *historia* que nos ocupa, de la historia en general. Veamos de modo conceptual y considerando que el periodismo se fortalece en esta reflexión. El objeto general – la sociedad– es abordado en periodismo desde la *actualidad* (a diferencia de la historia que decíamos, recorre el gran terreno del pasado) aunque, incluso aquellos que son historia y/o actualidad están

traspasados por hechos que no dejan de tener carácter vigente para las acciones del presente y del porvenir y que cronológicamente corresponden al pasado, pero que temáticamente son parte de la actualidad. Los acontecimientos, considerados así, se insertan en el cada día y se transforman en hechos e historias universales en tiempo y lugar. A ese espacio ingresan las historias y sobre ese espacio se construye el discurso de Juan José Hoyos en *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*.

Finalmente cabe destacar que *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo* no se convierte en manual o “recetario” de cómo escribir. El interés del autor se traduce en la reconstrucción del proceso narrativo en periodismo, sus influencias, condicionamientos y comprensión sin perder de vista la interrogante: ¿cómo interesar a los miles de lectores adormecidos?

La ACADEMIA FRENTE AL LIBRO SOBRE ANDRÉS ESCOBAR «EL VICTIMARIO SINTETIZA LA HISTORIA DEL PAÍS»

(Conversatorio con María Teresa Uribe de Hincapié y Julio González Zapata)

Gonzalo MEDINA PÉREZ: *Andrés Escobar. La sonrisa que partió de madrugada*, Le monde diplomatique, edición colombiana, Bogotá, 2004. p. 276.

“DE LAS COSAS menos importantes, el fútbol es la más importante”, dijo Arrigo Sacchi, director técnico italiano, al referirse al impacto que ha tenido en el mundo uno de los deportes más significativos de los últimos siglos.

Cada vez son más amplias las relaciones que se establecen a partir del fútbol, con todo y el antecedente de prevención creado por quienes desde la ideología encontraban en esta actividad una forma de idiotizar o alienar a la población: fútbol y ciudad, fútbol y cultura, fútbol y política, fútbol y nación, fútbol y literatura. Por ende resulta lógico que aumente el tipo de profesionales interesados en abordar el fenómeno y tratar de producir pensamiento al respecto.

Al igual que muchos países del mundo, Colombia no ha sido indife-

rente a la influencia de un deporte como el fútbol, entre otras cosas porque está sirviendo para hacer presencia en un panorama mundial gobernado por el poder económico de los Estados Unidos y Gran Bretaña, al lado del creciente deterioro político de las Naciones Unidas.

Internamente, y en ciertas coyunturas políticas y sociales, el fútbol ha jugado un papel de aglutinante de diversos sectores y clases, sobre todo teniendo en cuenta la presencia precaria del concepto de nación en nuestro país, entendiendo por tal la actuación de las “comunidades imaginadas”. Podemos afirmar que la década de los años noventa fue la que mejor representó ese papel integrador del fútbol, cuando Colombia regresa a un mundial, después de 28 años de ausencia; cuando irrumpió una propuesta futbolística inspirada en el ser y el sentir de las distintas regiones, desde la Costa Atlántica hasta la zona Andina, pasando por el Pacífico; cuando existió un equipo como el Atlético Nacional, que además de haber ganado, por primera vez para Colombia, la Copa Libertadores de América, era la base del combinado tricolor.

La Selección se preparó de nuevo para un mundial, esta vez para el de Estados Unidos- 94. Luego de clasificar con lujo de detalles, incluyendo la goleada a Argentina, vino una serie de triunfos en partidos amistosos con otras selecciones y con clubes. El equipo de Maturana no perdía compromisos, y a juicio de algunos comentaristas se trataba de un cuadro invencible que jugaba “un fútbol extragaláctico”.

LA TRAGEDIA PARA EXPLICAR LA TRAGEDIA

Lo que ocurrió en el Mundial de Estados Unidos y, en especial, lo que vino luego como tragedia nacional, es abordado en el libro *An-*

drés Escobar: la sonrisa que partió de madrugada, publicación que vio la luz en julio del presente año, cuando se conmemoró el décimo aniversario de la muerte violenta de quien cometió un autogol en el partido contra el anfitrión del campeonato.

Auspiciado por la editorial LE MONDE DIPLOMATIQUE, sede Colombia, el libro escrito por el periodista y profesor de la Universidad de Antioquia, Gonzalo Medina Pérez, recoge las vidas de Andrés y de su victimario para contar, al mismo tiempo, pasajes de la historia regional y nacional.

Cuando se cuenta la vida de Andrés, se narra la faceta de una Colombia urbana mediante el desarrollo comercial e industrial de una ciudad como Medellín, la misma que llegó a ser líder a nivel nacional en el florecimiento y consolidación de una clase empresarial, a la par de una clase obrera. En ese contexto, la familia Escobar Saldarriaga es la exponente del sector medio de la sociedad antioqueña, sustentado en las labores típicas de un empleado bancario como era don Darío Escobar, padre de Andrés.

Era la Medellín todavía tranquila, que como programa se recorría de noche caminando por la Avenida La Playa hasta llegar al tradicional Teatro Junín. Era la misma ciudad con el Bosque de La Independencia – hoy Jardín Botánico – como otro centro de diversión, en especial con la presentación de orquestas a un lado del lago y con los árboles refrescando las noches de fines de semana.

Pero antes de llegar a la urbanización, Colombia debió enfrentar no solo el énfasis rural de su economía y de sus modelos culturales, sino la violencia política aupada por los partidos tradicionales. Inspirados en referentes premodernos y en nombre de la defensa de las tradiciones católicas, el Conservatismo le declaraba la guerra al Liberalismo, el cual la aceptaba conformando guerrillas y enfrentando las instituciones creadas con base en la Constitución de 1886. Surgen baluartes conservadores, apoyados por los famosos “pá-

jaros”, en áreas como el Norte del Valle. Es el caso de municipios como Tulúa, con León María Lozano –“El Cóndor”; Sevilla y El Dovio, entre otros, en cuyas jurisdicciones actuaban “Lamparilla” y compañía. En esta última población se instaló la familia de Humberto Muñoz Castro, buscando un mejor porvenir.

Una vez más el destino, o eso que llaman fatalidad, aquello que inevitablemente ha de suceder, comienza a forjar el encuentro entre dos personas, de generaciones distintas, de orígenes diversos – con todo y esa mediación de la cultura antioqueña. Para que ello ocurriera, pasaron años, experiencias significativas en ambos, pero sin que nada pudiera siquiera vislumbrar la coincidencia de Andrés y de Humberto en un día y hora y, sobre todo, con las consecuencias que todos ya conocemos.

LA TURBULENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

El trabajo realizado por el periodista Medina Pérez, propició que dos académicos se reunieran para compartir algunas reflexiones con base en las pistas que el libro aporta. María Teresa Uribe de Hincapie, profesora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, y Julio González Zapata, docente en el área penal de la Facultad de Derecho del Alma Máter, formularon al respecto distintos planteamientos. En el caso de la profesora Uribe, por ejemplo, ella destacó un elemento de discusión y es cómo el libro, a partir de un evento especial, muestra que los hechos no se inscriben en la relación causa – efecto: “El hecho aparece como parte de una turbulencia. En ésta, la relación causa- efecto desaparece. El capítulo del victimario sintetiza la historia del país”.

La investigadora se refiere a la historia recreada del victimario de Andrés Escobar Saldarriaga, quien le contó al autor del libro cómo en su familia, antes y después de ocurrido el crimen del futbolista, sucedieron muertes violentas: desde la de un hermano suyo hasta la de su padre, un año después del asesinato de Andrés, pasando por la de un hijo de 17 años, meses antes de dicho acontecimiento.

La profesora María Teresa Uribe también cuestiona la actitud de algunos medios de comunicación, “porque crearon el clima para la pasión total. Las palabras, las metáforas, también se convierten en armas de guerra”. Y añade que para tratar de explicar los desarrollos de muchas de estas situaciones asociadas con los conflictos y con sus desenlaces violentos, es necesario reconocer que existen periodistas noticiosos que tienden a reproducir la versión militar; es decir, no son periodistas capaces de digerir un contenido y un lenguaje y presentarlos ambos luego del tratamiento que corresponde a un profesional que fue formado para informar con un lenguaje distinto al militar.

DE VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS

Por su parte, el profesor González Zapata resalta la actitud del periodista que aparece en la historia como personaje, cuando al acercarse a quien privó de la vida a Andrés, le promete que “seré capaz de acallar mi rabia”.

El análisis que hace el profesor González, al examinar la estructura del libro, organizado a partir del formato de vidas paralelas, lo lleva a señalar que trascendiendo el caso específico ocurrido, es pertinente preguntarse, con fines de aprendizaje político, “¿quién es la víctima y quién es el victimario?” Y su interrogante lo refuerza con la afirmación según la cual se está manejando una visión de una sociedad profundamente culpabilizada: “¿Será que hoy estamos manejando una visión en la que de un lado están los mesías y del otro los monstruos, los que merecen desaparecer?”

Por otro lado, el penalista expresa que en su concepto el capítulo más triste es el del juicio, porque dejó muchas insatisfacciones entre familiares de uno y de otro lado. A este respecto es convenien-

te precisar que desde el momento en que ocurrió el crimen, se presentaron situaciones no muy claras que luego incidieron en el rumbo de la investigación. Por ejemplo, que toda una fiscal no hubiera puesto el caso en conocimiento de las autoridades, porque su hija y el novio de ésta hacían parte del grupo que durante la tarde y la noche estuvo burlándose de Andrés Escobar. O de igual manera, que un testigo importante en el desenlace trágico, como era la persona que acompañaba a Andrés en el instante de los disparos, prácticamente no apareciera durante las pesquisas correspondientes.

Y como era de esperarse, en la conversación con los presentes apareció un tema que cobra vigencia en Colombia ahora que trata de avanzar un proceso de paz con los grupos paramilitares: la verdad, la justicia y la reparación. Al respecto, el profesor González Zapata reconoce que en nuestro medio las diferencias han engendrado odios porque hemos vivido envueltos en una violencia intestina: “Y por desgracia, estamos inmaduros en materia de verdad, justicia y reparación”.

Una conclusión clara de esta conversación abierta con María Teresa Uribe y con Julio González Zapata, es que el deporte en general, y el fútbol en particular, hacen parte de las relaciones temáticas que una sociedad como la nuestra está abordando siempre, bien sea para darle a esta actividad el lugar que se merece como práctica civilizatoria o para dramatizarla y ponerla al servicio de los dispositivos propios de la guerra. No hay más alternativas.

«Los paisajes que han tejido nuestra historia»

HISTORIA POBLADA
DE TRADICIÓN Y VIDA*

GUILLERMO ZULUAGA CEBALLOS

JAI ME ANDRÉS PERALTA: *Evolución histórica del entorno ambiental y social de El Poblado*, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001, 188 páginas.

«ESO NOS TENÍAMOS que levantar a las tres de la mañana para alcanzar la misa de cinco. Ese día bajábamos por los caminos a pie, pues los pobres éramos muchos, sólo teníamos un par de zapatos y eso sólo se los podía poner uno cuando se llegaba al parque. Las piedras de las trochas de herradura eran duras y los dedos se cortaban muy fácil. Además de todo las niguas se metían por las uñas y cada golpecito dolía como un verriundo. Todos, hombres y mujeres nos sentábamos a llorar. Lo bueno era que se iba conversando y chismoseando con los vecinos y hasta las parejas se cuadraban en estos paseos de fin de semana».

Cuesta creerlo pero doña Alba Judith Nieto habla de su experiencia en uno de los sectores actuales más exclusivos de Medellín. La anécdota hace parte del libro *Los paisajes que han tejido nuestra historia, evolución histórica del entorno ambiental y social de El Poblado*, en el cual el historiador y periodista Jaime Andrés Peralta, buscó la recuperación de la historia socio-ambiental de un sector de la ciudad que hoy –gracias a una concepción equivocada de lo que debe ser el modernismo– no es de nadie y donde el cemento ha reemplazado gran parte

de los vestigios de identidad que marcaron sus inicios en el tiempo.

Es así como este trabajo académico se convierte en un ameno recorrido por los hechos que han marcado la historia de este sector de Medellín. Se inicia con la formación de las primeras construcciones coloniales que le dieron vida, continúa con la conformación de la “pequeña ciudad” durante el siglo XIX hasta el primer tercio de la centuria siguiente y llega hasta la irrupción de las grandes avenidas y los rascacielos de oficinas y apartamentos que se ven en la actualidad. Y, a la par de lo anterior, se hacen también algunas proyecciones hacia el futuro del sector con base en nuevas herramientas de gestión urbana como los POMI (Planes de Ordenamiento y Manejo Integral de Cuencas Hidrográficas) y el Plan de Ordenamiento Territorial sectorial (POT).

A diferencia de algunas teorías y autores que en los últimos años se han dedicado a parcelar a las diferentes ramas de las Ciencias Sociales, en cuyo contexto aparece constantemente la diferencia entre el método histórico y el método periodístico, Peralta le hace una apuesta al hallazgo de lazos de acercamiento. Por ello, se adentra en las posibilidades de construir una historia social y ambiental con base no sólo en la búsqueda y análisis de documentación de archivo, sino que echa

mano de la entrevista periodística como una forma de ayudar a recoger testimonios y vivencias de quienes habitan esta zona para formar así su “biografía colectiva”. Igualmente valiosos fueron los talleres intergeneracionales, donde los jóvenes y los viejos compartieron sus percepciones relacionadas con los cambios sufridos en el espacio y las relaciones sociales de la colectividad. Peralta resume así esta experiencia: “Ambos –grupos sociales– se dieron cuenta de la importancia que sus experiencias tienen para el sector. Los unos desde su pasado, los otros desde sus vivencias dentro de la ciudad contemporánea se percataron que tenían una historia en común, punto de partida de cualquier proyecto de gestión colectiva para éste y otros sectores de la ciudad de Medellín”.

Esas entrevistas, a las que se sumaron varios foros de debate donde se socializaron y corrigieron los resultados obtenidos con grupos organizados del área (Juntas de Acción Comunal, Junta Administradora Local, grupos parroquiales, colegios, etc.), más la elaboración de talleres con niños y jóvenes (pintura, redacción de cuentos, etc.) y la revisión de archivos gráficos y fotográficos que reposan tanto en lugares especializados como en los álbumes familiares, entre otras estrategias, arrojaron una metodología cualitativa que permitió comprender una trayectoria histórica de varias décadas en cuatro capítulos de una manera rigurosa en sus procesos, pero, a la vez, de fácil comprensión por parte de sus propios protagonistas y de personas alejadas de los discursos académicos. La importancia de este novedoso trabajo parece resumirla el autor cuando analiza que “a medida que más voces y voluntades se unan para transformar las realidades que hoy se viven, habrá motivos de esperanza para El Poblado o para otros parajes de esta ciudad donde la concertación ciudadana y la expresión democrática han brillado por su au-

A diferencia de algunas teorías y autores que en los últimos años se han dedicado a parcelar a las diferentes ramas de las Ciencias Sociales, en cuyo contexto aparece constantemente la diferencia entre el método histórico y el método periodístico, Peralta le hace una apuesta al hallazgo de lazos de acercamiento.

sencia y donde han sido los intereses particulares de grupos de poder los que han marcado los senderos de lo público”.

CULTURA Y TERRITORIALIDAD

Con base en lo anterior, todo el relato tiene un hilo conductor: la cultura. Para ello, el autor explica el término “cultura”, citando a Gerhard Maletzke, “como el grupo de hombres que participan de un pensamiento vivencial que los lleva a tomar una posición y una actitud distinta a las asumidas por otro grupo frente a las circunstancias que rodean su presente”. De allí que el análisis de Peralta se adentre en el estudio histórico de la conformación de la Comuna 14 no tanto a partir de los actos emanados de la institucionalidad estatal, sino de los elementos de identidad colectiva y de arraigo territorial formados desde el contacto cotidiano de los pobladores con los recursos del medio físico que los rodea, creando de manera subsiguiente no sólo modos de vida diferenciados, sino una cosmovisión y una forma de pensar y de actuar en el mundo tan distintiva como particular.

La relación hombre-naturaleza ocupa, pues, un puesto de privilegio en este texto, toda vez que el autor la toma como parámetro fundamental para entender la vida en sociedad. Para ello comienza por ubicar geográficamente el sitio de su investigación con base en los límites administrativos de la Comuna, asunto que cuestiona muy rápidamente porque estos linderos desconocen en muchos casos las dinámicas colectivas que han conformado a la sección suroriental de la capital antioqueña. Las delimitaciones de fronteras son fenómenos atados a la razón administrativa y ella

tiende a desconocer otros ejes estructurantes del espacio que, como en el caso de la cultura, diferencian al sector en al menos tres realidades distintas. Por ello el texto habla de tres “Poblados” totalmente diferentes aunque complementarios entre sí: un Poblado Histórico, un Poblado de Las Lomas y un Poblado de Los Altos.

Y cada uno de estos lugares se inició como espacio social desde el otorgamiento mismo de los nombres que, como los de las quebradas, marcarían la permanencia de una colectividad humana en sus linderos. De allí que por las páginas del libro se escurren las aguas de las quebradas El Indio, La Zúñiga, la Presidenta, La Volcana, La Aguacatala, La Poblada, La Loca, La Yerbabuenala, La Escopetería, La Carrizal, entre otras tantas, y se habla de sus orígenes en el tiempo. Por ejemplo, al indagar el autor por la apelación de La Escopetería encontró que su nacimiento, como lo refiere un anciano de la zona, “era un punto muy bueno para la caza de pavas, conejos y guaguas. Hasta El Poblado abajo se oía el tronar de las escopetas y de pronto por decir que se oían muchos tiros se decía: oigan la escopetería que oye en esa quebrada”.

Pero más allá de la anécdota, el autor explica la importancia de la asignación de cada distintivo. “Una vez asignado un nombre, el elemento natural dejó de ser una presencia extraña. La naturaleza se incorporó a la vida cotidiana. Y una vez se conocieron de cerca aguas, montes y hombres, nació la experiencia comunitaria”. Así, cada porción del territorio –la fauna, flora, bosques, etc.– ayudó a confi-

«...por las páginas del libro se escurren la aguas de las quebradas El Indio, La Zúñiga, la Presidenta, La Volcana, La Aguacatala, La Poblada, La Loca, La Yerbabuenala, La Escopetería, La Carrizal, entre otras tantas, y se habla de sus orígenes en el tiempo.»

gurar la realidad territorial de los “pobladeños”. Quizá por ello, también se reitera la queja de un tiempo donde la naturaleza tenía gran importancia en su vida colectiva y, Montoya Martiniano habla por muchos de ellos cuando afirma que “la naturaleza era parte de nuestra vida. Antes había buena vegetación, y muchos animales; hoy las basuras, las grandes edificaciones, las vías mal planeadas y la falta de cariño de la gente por el medio ambiente, han ocasionado que la mayoría de las especies reduzca su cantidad o desaparezca en medio de la indiferencia de los habitantes de los nuevos barrios. Mucho se ha perdido y hasta a las fuentes de agua las han canalizado. Ellas son el ejemplo más claro del daño que los hombres le han causado al medio ambiente de El Poblado. A las quebradas las han ahorcadado, ya no tienen espacio suficiente para hacer fértiles los campos y sus aguas se van secando. Cuando les ponen concreto y las tapan, las canalizaciones se vuelven caja mortuoria donde ellas mueren y con ellas lo hace la vida”.

LOS TRES POBLADOS DE MEDELLÍN

En este orden de ideas, se señala la existencia de un *Poblado Histórico*, establecido a partir de los criterios de lo urbano “oficial”. El autor delimitó su indagación sobre su origen a partir de las postrimerías de la colonia española y durante todo el siglo XIX, cuando se inició el asentamiento humano de las cercanías de las riberas del Río Medellín, y que siempre ha sentido la presencia tutelar del Estado y de la Iglesia. Precisamente alrededor de ésta última institución de control y regulación social se conso-

lidó su sociedad, pues desde 1876 se constituyó la Parroquia de San José de El Poblado.

En este punto, el libro recorre los parajes que hoy están ocultos por el hormigón y el cemento que no dejan ver otra cosa que no sea la imagen del progreso comercial. Peralta reconstruye con los viejos pobladeños las añosas calles y caminos de la zona. Puede sentirse el eco de las pisadas por la Calle del “Totumo”, la del “Talego”, la calle del “Frito”, la “Ranchería del Poblado” y demás espacios que evocan recuerdos de épocas pasadas que los jóvenes ignoran, pero que los habitantes de antaño convirtieron en su hogar. Es así como *Los paisajes...* hablan también de las viejas casas de amplios zaguanes y ampulosas salas de las familias aristocráticas de Medellín que se asentaron en estos parajes, como las evocadas por doña Ema Ossa de Rodríguez que “tenían grandes salones, las vajillas y los enseres eran todos importados y la ropa de cama era finísima. Tiempos atrás, me contaban en mi familia, que los ricos tenían a su servicio a muchas gentes de las cercanías y ellas le servían para todo”. Y agrega “en todo caso ellos eran una minoría y nosotros los pobres una mayoría”.

Pero el texto rescata también la trayectoria de las gentes “del común” que también construyeron a esta parte del Poblado. Y en este sentido, en el libro queda claro que desde los primeros años de vida barrial empezaban a evidenciarse profundas diferencias sociales que enmarcarían al sector hasta nuestros días. Los más ancianos las recuerdan desde simples detalles como el hecho que en la iglesia de San José existieran sillas reservadas adelante del templo para las familias pudientes las

cuales no podían utilizar los pobres. Y, en este contexto de desigualdades, el libro habla de los primeros negocios que dinamizaron al sector desde “abajo” como la tienda del “Zanjón de Las Peruchas” (donde unas hermanas “vendían tamales, chorizos, huesos aliñados de marrano, chicha y guarapo”), de los alambiques clandestinos, los tejares y demás iniciativas que gestaron una sociedad local.

También nos hace claridad este capítulo sobre los albores de la industrialización en la zona referidos a eventos como la prestación de servicios públicos, la canalización del río, la apertura de predios al comercio inmobiliario, la inauguración de las estaciones del ferrocarril de Amagá como la Poblado (lugar del actual centro comercial Monterrey) y la del Aguacatal o la irrupción del tranvía eléctrico y luego de las avenidas para carros que fueron el presagio de su anexión definitiva a la marcha de la capital del Departamento.

Luego se aborda El Poblado de Las Lomas, formado un poco más recientemente (finales del siglo XIX) a partir de la inmigración de campesinos emigrantes de municipios vecinos de Antioquia, y que conservó hasta hace poco tiempo rasgos propios de sus lugares de origen. Por lo tanto, su experiencia de vida fue desde un comienzo de orden netamente rural, basado en la ubicación de parentelas en las diversas colinas (Los Parra o Los González por ejemplo), con fuertes lazos de solidaridad comunitaria entre ellas y con una carencia evidente de cobertura institucional.

Fue, por lo mismo, un espacio gestado desde lo “informal” y a partir del propio esfuerzo para lograr la dotación de servicios básicos para la vida en comunidad (acueductos, centros educativos, movimientos organizativos, etc.). Es que a diferencia de lo pensado a la luz del presente, la historia de este sector no siempre ha sido la de

las riquezas que se contemplan en la actualidad. "Yo llegué de Rionegro –cuenta en la obra don Martiniano Montoya– pero he vivido en estas lomas por más de seis décadas y me siento tan pobladeño como cualquier otro. Por acá se ha sufrido mucho, no todos han sido ricos como se cree. Había mucha pobreza, pero gran solidaridad. Los caseríos de Loreto, los de los Parra, los de los González, mi viejo y querido barrio el Tesoro, y tantos otros que se iban haciendo en las faldas conformadas por personas que al tener que compartir una misma historia de pobreza se unían y se ayudaban".

Un tercer Poblado, el de Los Altos, bastante invisible a los informes oficiales, es el que se encarama en la cordillera. Aunque tiene rasgos rurales, allí la propiedad se concentró rápidamente en manos de grandes propietarios de tierra que abrieron el área al capitalismo agrario mediante iniciativas productivas como la cría de ganado vacuno y ovino. Peralta explica mejor su diferencia con la sección anterior: "si en Las Lomas, las gentes se dedicaban a sus pequeñas parcelas productivas, las de los Altos comenzaron a ser asalariados; si en las primeras eran su inmensa mayoría propietarios de su tierras, aquí pasaron a ser arrendatarios o a estar inscritos en los terrenos de las grandes fincas".

MITOS Y LEYENDAS

Otro punto interesante del libro es el rescate que se hace de parte de la memoria cultural de esta parte de Medellín. Seguramente las historias que ahora aparecen en las pantallas de los grandes y amplios cinemas de El Poblado oculten –y de hecho lo hacen– parte de este patrimonio colectivo que, como los mitos y leyendas, hablan de otra forma de poblar los paisajes urbanos. Es así como estas narraciones ayudaron a los habitantes a entender a su medio y a posicionararse a sí mismos frente él y, por ende, no es extraño que se encontraran en sus parajes con la

Madre Selva, el Colmillón, el Gritón, que vieran "guacas" por doquier" o que en sus relaciones sociales aparecieran de manera reiterada las brujas, sus contras, y demás espantos rurales y urbanos.

Estas creencias les ayudaron a apropiarse de su territorio. Por ello el texto es enfático en afirmar que más allá de preguntarse por la veracidad de sus palabras o por la racionalidad de los mismas, hay que mirar cómo la relación del hombre con su entorno construye su propia realidad. Tal es el caso del "Caballo de Media Noche", un "colosal garañón" que varios vieron "en la quebrada La Escopetería, arriba de El Chambrón. En ese lugar la quebrada hacia una enorme cascada (más o menos en la actual calle 1 con carrera 29) y en sus alrededores los habitantes de la Loma de los Parra sentían el relinchar y el galope de un caballo en algunas noches oscuras. Pero éste no pasaba al otro lado de la quebrada o se perdía entrando a la finca Campo Amalia".

Hoy son otros referentes los que tejen experiencia ciudadana y eso está bien. Lo negativo es que lo construido en el pasado se olvide y se edifique un futuro sin tener en cuenta la memoria acumulada por generaciones atrás. Como lo resume un habitante del barrio, los mitos sobre tesoros indígenas o sobre botines de guerra se han perdido y hoy es otra clase de oro la que brilla en El Poblado del presente. "El Poblado si tiene oro y en grandes cantidades. Ese gran tesoro está a flor de piel, está representado en los edificios de diez o veinte pisos que se levantan en Las Lomas de El Poblado. Ese capital a esta allí, está a la vista y mucho más se esconde en cada apartamento, en los carros y los lujos de los dueños. En resumen ese tesoro no se ha perdido. Ahí está y, para bien o para mal, ha convertido nuestro barrio en un lugar donde viven los ricos y los pobres se han tenido que marchar".

TIEMPOS MODERNOS

La parte final del trabajo analiza la visión unilateral de progreso que empezó desde los años 40 con normas estatales poco concertadas y con la irrupción de grandes capitales al área que se afianzaron en gran medida en los años 70 del siglo XX. El testimonio recogido de Patricia Gómez es quizás el más dicente sobre esta problemática. "De aquí nos han venido sacando a los pobres en forma callada. Yo he vivido aquí casi cuarenta años y he visto ya cómo que a los campesinos no nos quieren dejar vivir tranquilos. Toda la vida han existido algunos ricos en esta parte alta, pero de la carretera a Las Palmas hasta la cordillera era numerosas las familias con abuelos que vinieron desde varios pueblos muchos años atrás. Aquí cultivábamos la tierra y así sobrevivíamos. Pero como cada vez resultaba más jodido educar a los niños, pagar médicos y los servicios con lo poco que da la agricultura, nos tocó comenzar a vender la tierrita a los señores de Medellín que querían hacer fincas de recreo o tener lotes de engorde. Fue muy duro tener que trabajarles como jornaleros mayordomos o muchachas de servicio a los que venían a vivir a los que fue nuestro".

Y, para corregir en algo este estado de cosas, el texto analiza enseñada los aspectos positivos y negativos del Plan de Ordenamiento Territorial que definirá el destino de la zona en un futuro inmediato. En este orden de ideas, Peralta manifiesta que "el desarrollo no puede sustentarse sobre la destrucción de las memorias y los paisajes que construyeron muchos y variados mundos. No hay ideal de porvenir por noble que parezca, que se pueda consolidar desplazando personas y arrancando de tajo sus sueños y esperanzas. Puede que existan enormes y lujosos edificios, pero si no hay aceras para caminar, parques para disfrutar, lugares para el encuentro de los viejos con los jóvenes, nada vale. Si las calles están vacías, si la cara del otro se vuelve un motivo de horror y de rechazo, ese modelo de desarrollo no es una meta por la cual valga la pena luchar".